

UN ASPECTO DEL DOCTOR ANGELICO: SANTO TOMAS EN SU CATEDRA (1)

Por el Profesor Dr. JULIO MORROS SARDA

Catedrático de la Universidad de Oviedo

Un Ilustre Padre de la Iglesia, el Papa León XIII, proclamó al venerado Santo Tomás de Aquino, como Patrón principal de los estudios católicos.

Nuestro Gobierno, asentado sobre la base del más firme catolicismo, ha instituido como Fiesta Oficial de las Universidades, esta fecha del Santo, queriendo sin duda con ella consagrar este día a rendir al Doctor Angélico el más firme homenaje de su recuerdo.

Y en este Año de Gracia de 1952 me ha correspondido el alto honor de evocar en voz alta ante vosotros, en este acto solemne que celebramos, algún aspecto de la vida del Santo de Aquino; y es por ello, por lo que he querido recoger de las múltiples facetas, todas inmensas del Doctor Angélico, aquella que he considerado más preciosa: *El Doctor Angélico en su Cátedra*, como arquetipo máximo de los que cumplimos una misión docente.

(1) Texto taquigráfico de la conferencia pronunciada en el Paraninfo de la Facultad de Veterinaria de León, el 7 de marzo de 1952, con motivo de la Festividad de dicho día.

Abrumado por la labor impuesta tan en disformidad con la modestia de mi personalidad y de mis conocimientos, voy sin embargo a cumplir lleno de orgullo y de emoción el mandato encomendado, contando siempre con vuestra benevolencia y sin olvidar tampoco que fué de otro Ilustre Monje Religioso de San Ignacio, Baltasar Gracián, aquella feliz frase que dice «que lo bueno si es breve es doblemente bueno».

Y para mejor consecución de esta finalidad, en materia tan amplia y escaso tiempo de que disponemos, perdonadme un pequeño inciso para explicaros el por qué he juzgado que esta conferencia deba ser mejor leída que no improvisada, recluyéndome a estas sencillas cuartillas con el buen deseo de recordar a los vuelos del espíritu, con la autocrítica reposada y serena del gabinete de trabajo, toda otra perspectiva que no sea la exigida por el tema. Todos los que por deber de cátedra hemos de adquirir al fin, cuando no fué un don innato en nosotros, la capacidad más o menos refinada de la oratoria, tenemos propensión, por comodidad las más veces, a la oratoria libre, improvisada; incluso, la confundimos a veces con un deber que ha de acompañar forzosamente a nuestra investidura docente. Pero la verdad es que, cuando sentimos la responsabilidad de los momentos, cuando queremos decir, concretamente, todo aquello que es nuestro deber y nuestro deseo exteriorizar, preferimos hacer a nuestras amigas y buenas consejeras las albas cuartillas, portadoras del resumen y de la concisión.

Dicha esta justificación, procuraré cumplir mi misión con la mayor brevedad posible, para que así, por lo menos, de lo que yo voy a leeros y a falta de bondad del material por mi apropiado, quede algo de bueno con la cortedad de mi charla y, sobre todo, con lo hermoso de su objetivo.

Cuando en la vida nos encontramos con magnas figuras que por su personalidad y contenido superan a lo normal, las labores de síntesis de sus Obras y más aún los enjuiciamientos críticos, tienen categorías de lo sobrehumano. Y si la Obra que vamos a

enjuiciar es ya de por sí sobrehumana, porque es la Obra de un Santo, os daréis cuenta de la imposibilidad material en que yo me encuentro para que pueda hacer un examen siquiera somero de la Obra del Doctor Angélico.

No hablemos ya de enjuiciamientos ni de críticas. Aún simplemente colocados en un prisma objetivamente científico, recordemos que las Obras de Santo Tomás rellenarían las paredes de esta sala con sus copiosos volúmenes; ¿quién y menos yo, entre todos los Doctores de esta Universidad, podría realizar en examen o tan siquiera un recuerdo de sus Obras?

Permitidme, pues, que me limite a un sólo aspecto del Santo. Para mí, para vosotros, el más precioso y el más interesante: El Santo como Maestro; el Santo colocado en su Cátedra; el Santo y Sabio, frente a sus discípulos. Examinar a Santo Tomás en este aspecto es el más bello de los exámenes, porque si hermosa es su Obra, su didáctica, su pedagogía y hasta su gesto, es una lección constante para los que tenemos sobre nosotros la gloriosa misión de la enseñanza. Permitidme, pues, que me deje imbuir por todo el orgullo que implica el suponerme un compañero de actividades del Santo de Aquino y, en loor a este historial que tanto me ennoblece, sea esta parte suya que tanto nos afecta, la que merezca recordación en este día ante vosotros, si bien el recuerdo pierda tonalidad y belleza al tener que ser transmitido a través de mis palabras.

Vamos a examinar al Santo de Aquino como Maestro; vamos a enjuiciar su Obra como Profesor. Sin embargo, las obras de los hombres no son un objetivo sin sujeto y sin alma. La obra de un hombre (y el Santo fué hombre antes de ser Santo), es la actividad salida de un ser biológico y de un espíritu preñado de sensibilidad, y lógico es pues que ambos, ser y espíritu del Santo de Aquino, merezcan también y antes de nada, nuestra evocación.

Recordemos su nacimiento. Gran gloria es para el hombre que las ciudades se disputen el honor de haber sido su cuna; solo ello ya es el juicio loable de toda una vida; y en Santo Tomás de Aquino

no su personalidad fué tan recia y su fama tan grande que, tres ciudades se disputaron entre sí el honor de haber sido cuna del Ilustre Santo. Sin embargo, es Aquino quien ha reunido la probanza máxima para que el nacimiento del Santo se haya colocado en aquel bello rincón italiano.

Corrían años del medioevo; eran años de lucha, pero a la par de grandes formaciones de intelecto; en aquellos años va a nacer el Santo, en una cuna bella por su lugar y en una cuna ilustre por su ascendencia. La cuna del Santo es cuna de nobles; su padre Landolfo de Aquino, señor de Rocoseca y de un tercio de Montesangiovandí; su madre Teodora de Teate, hija de los Condes de Chisti, personas que, por otra parte, representaban un máximo poderío de ascendencia en la región meridional de Italia, donde capitaneaban aquel bando gibelino de tan sonora estela en la Historia Italiana.

El ambiente familiar del Santo lo era cristiano y noble; sin embargo, la formación de su espíritu culto no se debe precisamente al ambiente de su cuna; fué Dios con su providencia el que le hizo salir de casa de sus padres para que desde muy joven le acogiese el silencio de los muros conventuales, para que olvidado allí de toda vanidad mundana concentrase su corazón en El y su intelecto en el estudio de las ciencias y de las artes. Fué Dios quien providencialmente hubo de designar el futuro del Santo de Aquino; y tanto es así que, entre las anécdotas de su vida, fluctúan en el aire con más o menos ambientes de realidad, dos fundamentales que queremos recordar. Se dice, lo dice así la leyenda, que estando su madre en cinta ya de él, un ermitaño se le acercó y a la par que recogía con la mano derecha el cuenco lleno de comida que la condesa de Chieti le daba, al bendecirla por la obra de caridad, la dijo «que tendría un hijo que en la vida entre los hombres llegaría a ser el más sabio, y que después ocuparía, como premio de esa vida llena de ciencia y de bondad, un lugar en el Cielo». La otra anécdota, es aquella que dice que «el Santo siendo niño deglutió un papel que contenía una salutación angélica»; no

dice la leyenda cómo llegó a él; solo dice que el papel llegó a sus manos y que siendo de muy pocos meses lo llevó a la boca para sorberlo en forma tal que constituyó una especie de certera predicción de acompañamientos materiales.

Ciertas o no ciertas las anécdotas, lo exacto es que la tradición divina se había cumplido; desde muy joven, el niño Tomás de Aquino se separaba de cuanto en el mundo implicaba vanidades y alegrías materiales, para acordarse solo espiritualmente de Dios y materialmente de la ciencia.

Decíamos antes que, la cuna de la nobleza que le vió nacer, no fué precisamente la de formación espiritual de su intelecto y que hubo de ser el silencio monacal, el marco donde la ciencia del Santo hubia de formarse. Habréis oído todos hablar de Montecasino, aquel bello Monasterio de Italia de la Orden Benedictina; un Monasterio que está encima de una montaña cubierta de frondosidad, como para aislar sus propios muros del resto del mundo; se respira en él no solamente un ambiente de santidad, sinó que hasta el perfume de árboles y flores le impregna de una dulzura que invita siempre a meditar. Montecasino, siempre bello, lo recordaráis, porque hasta él llegaron un día los horrores de la guerra y los estallidos de granadas turbaron aquel silencio que los cielos habían tendido como paz bendita sobre sus techos. Pues en aquel Monasterio de Montecasino, bajo la guía de los Padres Benedictinos, el Santo de Aquino comenzó la formación intelectual que le iba a hacer el más grande Maestro de la historia; solo cinco años tenía cuando como oblató fué ofrecido por su padre; dicen que si el ofrecimiento no era más que una habilidad política de los Condes, a cuya política gibelina convenia tener bajo la influencia de los suyos el foco de la política güelfa de aquellas provincias, cosa para el Conde fácil, si un Aquino llegaba un día a ser Abad del Monasterio Benedictino. Nosotros, y con nosotros los tratados de la Iglesia, no lo han creído así; se han fijado más bien en los designios providenciales o quizás en la buena voluntad del padre, que pensaba ante todo que no había nada mejor para aflorar el ambiente

intelectual del hijo. Lo exacto es que, allí comenzó la educación de Santo Tomás; rudimentaria, es cierto, en un principio; las Escuelas de los Monasterios, salvo raras excepciones, no tenían una eficacia completa y de ahí quizá que en el Monasterio no recibiese más que las primeras lecciones de religión y gramática. Pero, sin embargo, lo exacto es que Montecasino y el Monasterio Benedictino sirvieron para descubrir un espíritu casi sobrenatural que prometía en la lucha, la existencia de un hombre extraordinario.

Por eso, el Abad de los Benedictinos fué el primero que cogió de la mano a aquel mozo, que despuntaba de una manera tan extraordinaria, para llevárselo a Nápoles. Y ya en Nápoles, todo es una ascenso rápido por la escala del saber y de la ciencia, en perfecta concordancia con el afianzamiento de la virtud ya iniciada.

Los Maestros Napolitanos se asombraron del discípulo. Aquél Maestro Martín, el Maestro cuyos manuscritos adornan aún hoy la Biblioteca Casinense, nos habla de las proezas intelectuales de Santo Tomás, cuando estudiaba con él las asignaturas del «Trivium», gramática, retórica y didáctica; y el célebre Maestro Pedro de Ibernia, decía enseñando al Santo el «Cuadrivium», aritmética, geometría, música y astronomía, que «al enseñar a Aquino estas materias, parecía que era él el que estaba aprendiendo».

Siete años pasaron en estos estudios; pero una vez más designios divinos se trazaban sobre la vida de Tomás de Aquino, en forma superior a la voluntad de los que aún mejor debían quererle. La Orden Benedictina hubiese querido que el Santo permaneciese en su seno, pero Tomás de Aquino, en cambio, llevó su predilección hacia la Orden Dominica que era la que reunía los mejores predicadores de Nápoles, Orden de Predicadores en la cual el Santo acabó tomando ingreso. Dicen que, fué una sugestión de Juan de San Julián, el que empujó ya con carácter definitivo a Tomás a abrazar la vida religiosa; lo cierto es que, un día luminoso, como son los días en que el Cielo de Nápoles rompe la niebla, los rayos del sol entrando por las vidrieras del Monasterio Dominicó,

recogían la profesión de Tomás de Aquino en la Orden Dominicana.

Ya ha nacido el fraile, pero aún no ha nacido el Profesor, nuestro compañero a quien hoy recordamos aquí en estas Aulas. Pero, de su inminente nacimiento como tal, voy a daros a continuación somera cuenta.

Es el año 1252; estamos en París, ese París maravilloso que a los hombres de ciencias y letras nos ha atraído siempre con la sugestión de sus brazos abiertos a todo el saber, cualquiera que sea la persona que demanda su hospitalidad, sin distinguir nación, clase, ni categoría. Esta vez París, va a ser la cuna del Profesor que nace, hoy un fraile dominico, ayer el hijo de unos nobles italianos y mañana un Santo del Cielo.

¿Por qué fué a París Tomás de Aquino y por qué va a ser allí donde va a nacer el Profesor nuestro? También es la orden monástica la que esta vez marca el paso decisivo en su vida; ya visitéis que cuando fué a Nápoles, fué el Abad de los Benedictinos de Montecasino quien quiso llevarlo; de Nápoles a París, es también el General de la Orden el que le lleva. Esta vez, fué Juan el Teutónico el que dijo, que las ciencias que Dios le había imbuído no eran para depositarlas en su cerebro, sino para que las desparramase en su enseñanza; dicen que fueron sus palabras: «ve a París a prepararte para el Magisterio, doctorate en Teología y cuando seas maestro no te olvides de desparramar tu enseñanza como siembra de voleo, en la seguridad de que ninguno de sus granos dejará de fertilizar en una planta más grande o más pequeña, pero siempre planta naciente».

Sin embargo, hay una ley biológica que dice que todos los alumbramientos de animales, de plantas y hasta de cosas, tienen que tener un matiz de dolor o contrariedad, lo que hace que quizá por eso, después, las obras nacidas de primera vez sean más bellas y más queridas. El nacimiento de Tomás de Aquino como Profesor va a seguir también esta ley, pues su entrada en el Magisterio tendrá igualmente el tinte doloroso, antes de dejarlo con-

sagrado como el primero de los Maestros del mundo. Pero no nos anticipemos con este enjuiciamiento al relato de las demás facetas de esta formación y juicio del Profesor que tanto nos interesa. Vamos muy ligeramente a recordarlas ante vosotros.

El primer aspecto de Santo Tomás como Profesor, es decir, cuando en París se le encarga ya de la explicación de las Cátedras, es su *sello de originalidad* frente a sus discípulos. Los que ocupamos una Cátedra; los que tenemos en la vida este soberbio regalo que implica el habernos encomendado la misión de enseñar a los demás, sabemos muy bien que antes de llegar a esta Cátedra, hemos de poseer un caudal de la ciencia que vamos a explicar; sabemos muy bien que este caudal no es nuestro, que nos lo han suministrado otros que antes han pasado por los escaños de las Cátedras; sabemos que eso, nos obliga a ser profundamente amantes y respetuosos con la tradición. Pero si solo somos esto, si solo somos un depósito de lo tradicional para exponerlo, somos maestros parciales; el maestro tiene que ser además original, tiene que aumentar la tradición con su propia obra, incluso combatirla con el cincel de su propia crítica, para destruirla en aquello en que pueda estar errónea, o separarla frente a una evolución necesaria. Santo Tomás de Aquino como Maestro, superó con mucho todo esto; no hablemos ya de su caudal tradicional, vamos al otro, a su originalidad. No es que aumentase el caudal de tradición con una aportación propia, suya; es que, además, el Santo de Aquino perteneció a ese grupo extraordinario de los Maestros jóvenes que al caer en medio de campos de polémica, sin abrazar ninguno de los bandos, rompe en lanza por la verdad y se enfrenta con todos los bandos para establecer la doctrina primera. La Cátedra de Santo Tomás ya no es la Cátedra de enseñanza; era una Cátedra que revolucionaba toda la adulteración filosófica del momento para crear con valentía unas doctrinas nuevas y de certera concordancia con la verdad.

La Facultad de Artes de la Universidad de París aplaudía y se

asombraba ante la obra del Santo de Aquino. Y no nos olvidemos de las dificultades del momento.

Aristóteles tenía en su Filosofía numerosos partidarios, pero incluso los partidarios de la Filosofía pura de Aristóteles formaban un bando adulterado, porque le conocían a través de las doctrinas de Averroes, de quien por entonces eran corifeos Siger de Brabant y Boecio de Dacia. Pero fluctuaban como bandos contrarios aquellos que estaban encasquillados por las ideas plotínicas más que platónicas, que si bien consagradas por la autoridad de San Agustín, dominaban en forma brusca en los Maestros de la Facultad de Teología.

Era entonces cuando se decía que el ser humano no conocía por la luz de la razón el aprendizaje de la verdad, sino que conocía en virtud de una iluminación interior, siendo el conocimiento de carácter afectivo y no puramente intelectual. Santo Tomás comprendía bien que las relaciones entre la razón y la fé no estaban delimitadas por esta doctrina, pues si bien es cierto que teóricamente, todos establecían la indemostrabilidad de los misterios, sin embargo, en la práctica sostenían, y aún intentaban probar, el misterio de la Trinidad en forma de hacerla razón y motivo de asertos.

Y la doctrina de Aristóteles que delimitaba con precisión los caminos de la intangibilidad y asignaba a la experiencia su verdadera papel, la consideraban sumamente peligrosa.

Santo Tomás entró valientemente por enmedio de esta turba doctrinal y, bajo la inspiración de los más puros principios de la fé y de sana doctrina de la Iglesia, repuso la Filosofía Aristotélica en su punto y centró las discusiones filosóficas en un extremo acorde con la verdad.

El éxito como profesor fué enorme; el entusiasmo que despertaba entre las masas de estudiantes y entre los compañeros de claustro ha sido tal que, la historia señala su huella; no solamente en aquél célebre pasaje de obras sabidas de Guillermo de Toco, pasaje que a fuerza de ser citado ha llegado a ser clásico, sino in-

cluso en sus propios adversarios que, aunque adversarios, tenían que rendirse ante la sabiduría del Santo; y así, el propio Siger de Brabant y Roger Bacon discutiéndole, se rendían ante su verdad. Por eso decimos, que su éxito como profesor ya era enorme; no era el Maestro que sabía la doctrina tradicional y simplemente la enseñaba; el sello de la originalidad, de que yo os hablaba antes, en él, no había sido para aumentar un poco la tradición o para esculpirla al modo corriente con el cincel de su sabiduría; su originalidad había sido para centrar las doctrinas de la verdad, y fué la lucha entre los teólogos y los averroistas, lo que permitió al Santo dar la verdadera medida de su talento,

Si no hubiese otra cosa, ya teníamos ante nosotros al gran maestro; tradición y originalidad; una inteligencia de alcances extraordinarios que le permitía ser a la vez maravilloso confesor del saber interior y al propio tiempo poseer una extraordinaria originalidad. Y conste, que no son juicios míos; en mis mejores conocimientos de la Obra del Santo y de la bibliografía que he escogido para poder tener la osadía, siquiera sea cumpliendo un deber, de leerlos hoy estas cuartillas, he recorrido páginas de bibliógrafos, y, precisamente, en aquéllas que tratan de cerca al Doctor Angélico, veo cómo todos insisten una y otra vez en la concurrencia de estas dos magníficas cualidades: el enorme conocimiento y amor a la tradición, que manifestaba en cada instante, y la originalidad extraordinaria, que fué la verdadera clave del éxito de su enseñanza.

Pero el Profesor y el Maestro, que ya ocupa el lugar primordial por estos dos factores, de tradición y originalidad, tiene que tener aún algo más; ha de ser un *espíritu investigador*. Cualquiera de nosotros que ocupa una Cátedra, sabe muy bien que nuestra misión no termina con decir unas lecciones a los alumnos y menos con examinarlos y dar nuestra opinión en una nota universitaria; nuestra misión como Catedráticos va más allá; hemos de robar horas al día y a la noche, para investigar en los campos de la ciencia que es nuestra enseñanza,—aunque no sea éste en sentido extric-

to y al pie de la letra, el criterio que sustenta Ortega y Gasset—; y también aquí el Santo Angélico nos sirve de patrono admirable; porque Santo Tomás es un espíritu investigador. En su Cátedra, utiliza constantemente la observación y la deducción para entre-sacar consecuencias; en sus Obras científicas alternan en él, de manera constante, la síntesis y el análisis; y si examináis sus trabajos de teología, encontraréis la doctrina enriquecida por multitud de observaciones, particularmente, en aquel punto de la teoría de conocimiento que tanto se discutía en la Sorbona y en la que valientemente se aparta de Platón y de Aristóteles, precisamente porque las teorías de ellos no están de acuerdo con los resultados personales en su Obra de experiencia y de investigación. En nosotros, en los Catedráticos, amor a la tradición científica sí, pero sumisión absurda nunca; ello nos lo enseña el Santo de Aquino al enfrentarse cual lo hizo, con la tradición erróneamente existente. Con su espíritu eminentemente crítico, Santo Tomás ni aceptó ni rechazó de plano la tradición científica de sus antecesores; la valorizó con todos los elementos de su ciencia; bebió en buenas fuentes y, merced a su diligencia, logra resolver el problema crítico en la forma que no lo había hecho ningún contemporáneo. Esto señores, es ser un modelo de profesorado; es un modelo, porque cuando los argumentos analizados se contrastan, además, como él lo hace, con la experiencia, se concluye, cuál él terminaba, por incorporar algo depurado y correcto a su síntesis, y así la originalidad tiene además una eficacia de tipo práctico.

¿Hemos finalizado ya el análisis de un Profesor al que aceptamos como modelo máximo para nuestro profesorado? Aún no, aún falta en el profesorado otra cualidad, la *pedagógica*. El maestro y el catedrático se surten de la ciencia; y, como decimos, ha de combatir si hace falta la ciencia contraria y con su investigación constante ha de aumentarla; pero no nos olvidemos los Catedráticos que, además de todo esto, estamos para algo más; estamos sobre todo para enseñar. Por eso, en las oposiciones que nos han dado entrada a nuestras Cátedras, se nos exigió un ejercicio, a mi

juicio el más bello de todos, en el que debíamos explicar una lección para ver si sabíamos enseñar. El Doctor Angélico aquí, era maestro de maestros; por eso, decíamos antes, que era el designio de Dios destinarle para la enseñanza, y Dios le dotó para ello de cualidades excepcionales. Era una rara virtud la de Santo Tomás, aquella aptitud extraordinaria para la exposición sistemática. Si recorremos sus dos «Summas» nos quedamos asombrados; están formadas de una arquitectura tan sencilla como grandiosa; y esa grandiosidad están tan al alcance de todas las inteligencias que cualquier cerebro por medianamente cultivado que esté, se adaptará perfectamente a la letra y a la ciencia que, en aquellos libros se comprenden; las cuestiones en la exposición de Santo Tomás se enlazan de una manera tan magnífica, que forman una cadena de continuidad en la que sin darnos cuenta vamos recorriendo toda la escala de la ciencia de que se trata; sus razonamientos son clarísimos y, sobre todo, diríamos con Rodolfo Enchen que, encontraremos en la exposición de Santo Tomás esa lógica maravilla que le hacía centrar toda la síntesis tomista bañada de una sagrada armonía. Sirva también de rúbrica certera a todo cuanto digo, que esto no es juicio mío, ni siquiera de los que elogiaron la obra del Santo, sino que, incluso, aquéllos que tanto le discutieron y que querían rebajarle al nivel de cualquier otro maestro medieval, no podían menos de rendirse ante estas extraordinarias cualidades de exposición y de pedagogía.

Claro es, que os decía hace un rato que el alumbramiento de personas y obras es siempre doloroso, y no quise con ello hacer una frase; quise con ello, anticiparme a este pasaje de mi breve disertación con la que he de presentar también la parte de dolor y tristeza que acompañó a este nacimiento de Tomás de Aquino, como Maestro de Maestros.

En definitiva, en el medioevo, como en la antigüedad y como hoy, la envidia ha sido siempre una cualidad humana; y, precisamente, frente al que triunfa, y al que sabe y al que trabaja, no deja de existir una pobre envidia que babosea y enturbia su obra.

Decía por eso aquel gran poeta germano que se llamó Goethe, y a quien tanto hemos leído, decía «que no hay mejor consuelo para la mediocridad que saber que el genio no es inmortal»; era aquel poeta el que dialogando espiritualmente con los hombres de gran valer, les decía: «¿por qué lamentarte de tus enemigos; es que podrán ser jamás tus amigos gentes, a quienes sujetos como tú, sois con vuestra simple presencia un reproche eterno?» Gran verdad; ciertamente, los triunfos de los hombres que trabajan tienen siempre a su alrededor un coro de murmuradores formado por los enemigos, por los incapaces, por aquellos que, aún saboreando la mortalidad del genio, mientras el genio vive, no pueden ocultar que constituye para ellos una perfecta acusación.

Tomás de Aquino era un genio que nació envuelto en el manto de profesor; y aunque aparece revestido de las monásticas túnicas de la Orden Dominicana, sin embargo su valer era tan grande que enturbiaba los ojos de los demás. Santo Tomás no fué una excepción a esta triste ley y se vió envuelto en sus consecuencias. Alguien dijo él, que, en su patrocinio por Aristóteles, era un dialéctico exagerado; hubo quien se atrevió a hablar de irrespetuosidad hacia el dogma con su sentir; no faltaba quien apuntaba que las novedades de su doctrina, esa bella originalidad que nosotros hemos resaltado, podría ser peligrosa para una tradición tan arraigada. Lanzaron los nubarrones, y la tormenta si bien no llegó a estallar, porque no podía estallar en la cabeza inmaculada, sin embargo, se presentó tan peligrosa que fueron los Superiores de la Orden Dominicana los que creyeron oportuno retirar al dominico Tomás de Aquino de la Universinad Parisina. Es el año 1272 y Tomás de Aquino deja París, porque el General de los Dominicos le ha encomendado la dirección de las Escuelas de la provincia Romana. Los Dominicos quisieron alejarlo de la tormenta; si no hubiese vestido los hábitos de monje, esta vez las murmuraciones y la baba de la maledicencia se hubiesen estrellado, porque era demasiado fuerte la personalidad de quien querían combatir. La Escuela de Artes de París trató por todos los medios posibles de que

el gran Maestro volviese a su Cátedra de la Soborna; el triunfo del Doctor Angélico sobre el Averroismo había sido tan sensacional que le llamaban; pero los Dominicos sabían bien que, la meditación cristiana no podría ser muy compatible con tanta turbulencia y Tomás de Aquino abandonó las aulas de la Universidad Francesa.

Sin embargo, como se expone en la Filosofía Alejandrina, hay una pupila misteriosa que va siempre en busca de la verdad y que rasgando todas las sombras, acaba por encontrarla. No se en que persona o personas colocó la pupila la Filosofía Alejandrina. Solo se que, después de la ausencia del Santo de Aquino, el clamor por él seguía siendo tal, que un gran Papa, aquel Papa Urbano IV, sabedor de la doctrina y del mérito personal del Santo, juzgó ya conveniente acceder a los deseos de tantos teólogos y hombres de ciencia, que clamaban por la vuelta del Santo a los estrados de la Cátedra.

El Papa Urbano IV, diplomático además, y altamente inteligente, preparó su vuelta con todos los honores; y celebrándose en aquel entonces el gran Concilio de Lyon, que tenía por finalidad unir las dos Iglesias, la Griega y la Latina, preparando ya el gran retorno de Santo Tomás a París, le ordenó que viniese al Concilio de Lyon. Otra vez, pues, la dulce tierra de Francia se prepara para recibir a Tomás de Aquino. Ya se sabe en la Universidad de París que Tomás de Aquino vuelve; va a Lyon primero, pero va a estar en la Sorbona más tarde; ya recorren nuevamente los cuerpos de los hombres de ciencia unos escalofríos emotivos de tener cerca al Sabio; la gran población universitaria viste las galas de su emoción más amplia, sabiendo que ante ellos va a estar nuevamente el gran Maestro. Pero sobre Urbano IV está Dios; su omnipotencia tiene otros designios, y sus designios no quieren que sea la hermosa tierra de Francia la que escuche las doctrinas nuevas del Sabio, sino que, el Divino Hacedor, tiene a bien llamarle a su lado, antes de que se reanuden las polémicas en las cátedras francesas.

Tomás de Aquino ha salido para Francia; está delicado, viejo, aunque no tiene más que 49 años; toda su vida ha sido una vida de ascetismo y de trabajo intelectual; los últimos años habían sido de contrariedad, y su naturaleza extremadamente delicada, estaba agotada. Tomás de Aquino hubiese podido muy bien eludir el viaje que le mandó emprender Urbano IV; pero no quiso disgustar al Papa, que tenía muy presentes las Obras de polémica del Doctor Angélico «Contra Errores Graecorum» y «Summa contra Gentiles» y deseaba vivamente la presencia de Tomás en el Concilio. Y el bueno de Tomás de Aquino, viejo en casi una edad mediana de vida, en 1274 se pone en camino, mientras, como decíamos, en los aires franceses sonaban victoriosas las trompas de anuncio de la vuelta del gran Maestro; ya va en camino, hacia Lyón primero y hacia París más tarde; pasó por el Castillo de Maenza; allí vivía su sobrina Francisca, casada con el Conde Aníbal, y allí va a verla con tan poca fortuna, que sufre un fuerte golpe en la cabeza. ¿Fué este golpe la causa de su muerte? ¿Fué la enfermedad ya incubada la que revivió entonces? Digamos bien, fué el designio de Dios. Tomás de Aquino aún quiso después del golpe seguir el camino y lo siguió; pero al llegar a la Abadía Cisterciense de Fossanuova ya no pudo más; llamó a sus puertas y aceptó la hospitalidad de los monjes; Tomás de Aquino se sentía morir y quería morir como había vivido, entre los muros de un convento, ya que ésta era su verdadera vida espiritual, pues su espíritu, aún en las cátedras parisinas, nunca abandonó el sabor conventual. Y en la Abadía Cisterciense de Fossanuova, en un día de primavera, 7 de marzo de 1274, entrando un aroma suave por las ventanas de una modesta celda, cuando el sol comenzaba a apuntar por el horizonte, el Maestro de los Maestros dejaba la tierra para ocupar un lugar entre los Santos.

En su lecho de muerte, al recibir la Eucaristía, dijo estas palabras: «Yo te recibo, precio de redención de mi alma. Por amor de tí he estudiado, he soportado vigiliias y me he fatigado; te he predicado y enseñado. Nunca he dicho nada contra tí. Tampoco per-

sisto en mi opinión obstinadamente, sino que si alguna vez me hubiera yo expresado con error sobre este Sacramento, yo lo someto al juicio de la Santa Iglesia Romana, en cuya obediencia salgo ahora de este mundo». Fray Reginaldo de Priverno, el inseparable amigo y compañero del Santo, el que más profundamente ha sondeado esta alma limpia e infantil, el que recibió la confesión del maestro y amigo moribundo, dió testimonio, después de su muerte, de que, lo había encontrado tan limpio e inocente como un niño de cinco años. Los monjes de Fossanuova, a quienes Santo Tomás en su lecho de muerte había explicado el Cantar de los Cantares, quedaron bajo la impresión de que habían presenciado el tránsito de un Santo. Un hermoso relieve de Bernini, que ahora decora el cuarto mortuorio, representa bellamente a Santo Tomás explicando a los monjes, que escuchan devotamente, ese elevado canto del amor.

El Obispo de Terracina asistió a sus exequias y un sepulcro de alabastro, en la iglesia conventual, recogió sus restos mortales. Así murió nuestro Maestro, el nuestro, el de los que hoy somos profesores y ocupamos las cátedras; huelga añadir con cuanta razón podemos decir el Maestro de todos.

He dicho que así murió el Maestro y no digo bien; los hombres no mueren cuando sus obras quedan. En la vida humana, cuando tras nosotros dejamos la vivificación de nuestra obra, seguimos viviendo; y las Obras de Santo Tomás, que, cual os decía, presididas por Summa Teológica, (la magna Enciclopedia de doctrina en Teología) llenarían estantes y estantes e implican la obra científica más valorable, son bastantes para vivificar su persona, si no quedase sobre todas ellas la gran lección de enseñanza de como debemos ser los que tenemos sobre nuestros hombros la dulce carga de enseñar.

Como dice Marañón, yerran los que creen que han dado en el clavo dejándose de quijotismo y buscando el triunfo ostentoso de la profesión, tal como hoy la profesión se practica en todo el mundo; es decir, como un oficio que se viste de ciencia, con una cien-

cia comprada y prostituída por el otro corruptor de la propaganda. No; los que a la larga acertarán, ahora como siempre, serán los que hayan sabido escoger, con amor y con desinterés, el camino no de la ciencia pura. Porque el varón digno de su nombre, no vive para hoy, que es siempre circunstancia fugaz; sino para lo único que jamás defrauda, que es el prestigio de mañana, el que la propaganda no puede crear ni destruir. Y quienes voluntariamente se han entregado a esta ilusión pueden decir, y solo ellos, en las horas de desaliento, las palabras del poeta: Hoy, acaso, no me comprenden, «más es mía el alba de oro».

Por eso vive, señores, Santo Tomás de Aquino, y así lo entienden incluso los que han querido presentarnos el recuerdo de sus rasgos físicos.

Cuando un pintor, sin tenernos delante nos pinta nada más que a nosotros, con nuestros rasgos, hace un retrato de la persona física; pero, cuando en sus cuadros, la figura nunca está huérfana de otras cosas, del ambiente que la rodea, es que el artista ha considerado que, para una definición plástica completa, la persona en sí no se revela solamente con la reproducción de los rasgos de su imagen, sino que juzga necesario describirla acompañada del perfil escénico de la obra. Por eso, decimos que no morimos cuando nuestra obra supervive.

Y si recorréis cuadros que recuerden la persona de Tomás Aquino, no lo veréis pintado a él aisladamente. El célebre fresco de Simón de Martini, en la Capilla de los Españoles del claustro verde de Santa María Novella de Florencia; la famosa Tabla de Traini, que se conserva en el Seminario, antigua Iglesia de Predicadores de Pisa; el Bezzoli; la «Disputa del Sacramento», de Rafael; el cuadro, reputada obra maestra, de Francisco de Zurbarán y apellidado «La Apoteosis de Santo Tomás»; el célebre fresco de Palomino, en el Coro de San Esteban de Salamanca; y otros más que podrían citarse, y que no hago para no fatigarles, obedecen todos a una misma idea, la idea de que la figura de Santo Tomás

es un resumen, pero el resumen magnífico de la doctrina de sus lecciones y la más alta doctrina de la Iglesia.

Ved todas las figuras que rodean en la pintura a la imagen del Santo Angélico; todas tienen un simbolismo tan claro, que no dejan lugar a duda sobre lo que querían representar aquellos artistas. De la frente de Santo Tomás hacen escapar unos rayos con los cuales tratan de presentarnos la extraordinaria irradiación de su intelecto; y de su corazón desprenden un tenue colorido que simboliza un sentido de amor y de verdad; o si mirarais para el libro que tiene en sus manos, veréis como de él se desprenden los símbolos de las ciencias que ilustrando al viejo y al Nuevo Testamento, iluminan a sus padres y doctores, guiando a la par a Reyes y Pontífices.

Y si nos fijamos en algunos retratos, observamos, como hace notar Chesterton, que, casi todas las pinturas están generalmente llenas de pequeños detalles que revelan una imaginación poderosa. A veces, la exposición de los ojos es de mera vaciedad, como si despreocupación significase una perpetua ausencia mental; otras, se reproduce más respetuosamente como una expresión pensativa, como alguien ansiando una cosa lejana que no puede ver y que solo puede vagamente desear. Así, si miráis a los ojos de Santo Tomás en el retrato de Ghirlandajo, apreciaréis que mientras los ojos están real y completamente apartados de los objetos inmediatos que le rodean, sin embargo, no están en manera alguna despreocupados, mucho menos vacíos. Hay en ellos un fuego de excitación inmediato, una ardiente vigilancia; son vivos y muy italianos. El hombre está pensando acerca de algo, y algo que ha llegado a una crisis, no acerca de nada o acerca de alguna cosa, o, lo que es peor, acerca de todas las cosas.

No podemos decir que haya muerto, quien así es recordado. ¿Qué he de deciros yo, para enjuiciar esta vida, yo, cuyo comentario, por afortunado que fuese, apenas sería débil reflejo de lo que el Santo fué? Ya véis lo que pensaba de él el gran Papa Urbano IV.

Pues más tarde, otro Papa, León XIII, le proclamó *Patrón principal de los estudios católicos*. Por eso, hoy estamos aquí reunidos; y por eso, hoy me rendiría yo una vez más a los pies del gran Papa, para agradecerle esta titulación que me ha dado a mi el honor y el motivo de ocupar estos estrados para leeros estas cuartillas. Unas cuartillas que tienen que pecar de pobres, aún cuando no fuesen mías, frente a la magna figura que tenemos que recordar. Ya está recordada y perdonadme la poca brillantez del recuerdo.

Hemos recordado a nuestro Maestro, a un Sabio, a un Santo. Como hacía notar el ilustre Grabmann, en un bello estudio sobre la psicología de Santo Tomás, resulta imposible aislar en el Doctor Angélico, el Santo del Sabio. Porque era Sabio por su saber, y tenía un carácter abstraído y de meditación, muy acorde con el espíritu científico; pero a la vez, era hombre fácil para los demás, afectuoso y siempre pronto a servir a todos, por eso, porque además de Sabio y Maestro era Santo.

MAESTRO, digna palabra que lo mismo puede escuchar el artesano que enseña un oficio manual que el que escudriña los más arduos problemas científicos. Para ser maestro es cierto que hacen falta sólidos conocimientos de la materia de que se trate. Pero nadie niegue que, con esto solo, no es suficiente. Para ser maestro, es decir, para lograr ser seguido por un núcleo de discípulos, con la lógica proporción de descontentos y murmuradores, es preciso, además, concertar con esa gran preparación, ciertas condiciones que difícilmente se reúnen y como las que Fray Tomás encerraba. Hay que corregir con dulzura, hay que no tener arrogancia, hay que estimular la labor, hay que saber condonar lo que les arrebatan, hay que estar al mismo tiempo abierto sin orgullo a las sugerencias de los discípulos, haciéndolas evaporarse habilmente en su propio provecho cuando son necias o estériles; pero cultivándolas y hasta fecundándolas con su aportación, si encierran valor hay que saber perdonar sus faltas, y, sobre todo, hay que saber olvidar su ingratitud, en una palabra, hay que poseer un don, una templanza y unas virtudes que, de modo extraordinario, encon-

tramos reflejados en el Maestro de Aquino. Por eso, os explicaréis el por qué habiendo tantos doctos hay tan pocos maestros. Y por eso, repito, ante profesor tan sumamente bondadoso, humilde, con las cualidades y semblanzas apuntadas, tan maravillosas, los estudiantes gozaban de rodear y acompañar al Angélico Doctor.

Veamos un ejemplo —voy a concluir ya— en conformación de cuanto digo, de los muchos pasajes que se refieren en la historia de su Magisterio:

En cierta ocasión formaban parte del tribunal de exámenes de un licenciado que aspiraba al grado de Maestro. Tenía éste opiniones contrarias a las suyas, y durante el interrogatorio lo manifestó paladinamente con arrogancia y hasta con insolencia, no logrando el Santo reducirlo con sus argumentos. Sin embargo todo lo soportó con admirable paciencia y mansedumbre, como si él fuera el examinado y el otro el examinador. Al regresar al convento, sus estudiantes le rodearon y le dijeron: «No es tolerable lo ocurrido, y nosotros protestamos de ello; porque no se trata solamente de vuestro prestigio personal ante toda la Universidad, sino de la verdad, ya que era completamente falso lo que el licenciado defendía». Respondió nuestro Santo: «No me ha parecido oportuno ni conveniente humillar y confundir a un Maestro novel delante de todos; pero si os parece que no he obrado bien, en la sesión de mañana podré suplir lo que no he hecho en la de hoy». Y, efectivamente, al día siguiente, volvieron todos al aula en donde se celebraba el examen, y, tocada la misma cuestión, el examinado repitió lo mismo que había dicho el día anterior, sin corrección ni modificación alguna. Entonces, Fray Tomás, con toda calma y dulzura, le hizo ver que su opinión estaba en pugna con los decretos de un Concilio, y poco a poco lo redujo a admitir la verdad, contentándose con añadir suavemente: «Ahora decís bien».

Los admirables Opúsculos de Santo Tomás y casi todas sus Obras, han nacido también, precisamente, de esta benevolencia universal; sacrificó su vida, la preciosidad de su tiempo, con tal de

responder a todas las consultas que se le hacían; sus labios sólo se movían para rezar a Dios o para enseñar a los demás; su intelecto sólo para investigar; por eso, a los 49 años de su vida, cuando emprendió su retorno a Francia, eran los 49 años de un hombre viejo; pero benditos fueron, porque ellos le unieron a Dios.

Pocos, muy pocos, podrán hacer lo que la inteligencia de Santo Tomás realizó, puesto que a muy pocos serán dados su capacidad y su genio. Pero en manos de todo hombre de estudio está el trabajador tanto como Santo Tomás y con el espíritu de Santo Tomás. Cada cual en su pequeña parcela, en una actividad especializada, en una tarea general de formación, puede y debe proponerse trabajar mucho y bien, con espíritu y con método, con afán desinteresado y con rigor científico. A nadie ha de pedirse otra cosa, puesto que Dios pone lo demás. Sin embargo, lo que cada uno debe poner por sí, puede y debe exigirse en cualquier actividad humana, mucho más si es de tan noble estirpe como la del estudio.

Mi lectura ha terminado. Agradezco vuestra presencia y la atención con que me habéis escuchado. Perdonadme la hipoteca de vuestro tiempo y perdonadme todos mis defectos y todos mis errores. Ved simplemente en mi disertación el gustoso cumplimiento de un deber, y, sobre todo, mi emocional cooperación de rendición en un homenaje recordatorio al Maestro Santo. Si ambos objetivos quedan cumplidos, creedme que anotaré este día con emoción en mi biografía universitaria, la cual, hoy más que nunca, y después de evocar al gran Maestro, puede decirse, que no consideraré jamás como la historia de un catedrático, sino que siempre y desde hoy, hecho este recuerdo, tiene que ser estimada como la historia del más modesto de sus discípulos.